

LA SITUACION TEOLOGICA ESPAÑOLA ACTUAL

Intentaré acercarme a ella por tres caminos: los centros universitarios en que se enseña, las publicaciones que se editan y los movimientos en que se encuadra. Tarea difícil la de aproximarse a una realidad tangible por un lado, no poco evanescente por otro, dando unas ideas orientadoras de modo que el hablar de unos no implique silenciar a otros.

I.—LOS CENTROS

Una breve perspectiva de lo que significan las actuales facultades españolas de teología se alcanza más fácilmente, a mi parecer, desde una visión histórica de su línea de desarrollo. A partir del advenimiento de los Borbones a España comienza un proceso de supresión de facultades teológicas en las universidades. En 1700 existen 30 universidades con facultad de teología en España y 12 en América Española. Al terminar la guerra de sucesión tuvo lugar la primera ronda de supresión de facultades teológicas: las 7 que existían en Cataluña quedaron reducidas a una: la de Cervera. Así se inició un proceso de supresión regresiva cuyas fechas principales son 1767, 1807, 1824 y 1851. En 1768 son suprimidas 3; en 1807, 11; en 1824 Calomarde sólo deja cinco, que desaparecen como consecuencia de la aplicación del artículo 28 del Concordato de 1851. Este artículo proyecta la creación de unos Seminarios Centrales que sustituyan a las antiguas facultades teológicas universitarias como centros superiores académicos. Pero esa ilusión nunca llegó a realizarse. El gobierno progresista de 1854 restauró de nuevo las cinco facultades existentes en 1851 en las universidades. Con vida mortecina pervivieron catorce años hasta la revolución de 1868, que las suprimió definitivamente. Los grados académicos en teología y derecho Canónico fueron conferidos por

cinco Seminarios Metropolitanos a partir de 1852. Desde entonces España contó con seminarios que conferían grados, pero careció de centros académicos de pensamiento e investigación.

La restauración comenzó en 1897 con la creación por León XIII de diez Universidades Pontificias en los seminarios metropolitanos. A ellas se añadió la de Comillas en 1904. Pero estas instituciones no cambiaron el panorama teológico. Fueron creadas de la noche a la mañana sin preparación de profesorado especializado, casi podíamos decir que por decreto. No encarnan la cima de un proceso, sino el indicio esperanzado de un futuro. Por ello fracasaron en su papel de creación y reflexión. Cuando Pío XI exigió nuevos cuadros de profesorado y nueva orientación universitaria en la Constitución *Deus Scientiarum Dominus*, en 1932, sólo se salvó Comillas y los colegios máximos de la Compañía de Jesús, entonces en el exilio.

Después de nuestra guerra civil fue restaurada la Universidad Pontificia de Salamanca (1941) con facultades de teología, filosofía y derecho canónico, a las cuales se han añadido más tarde las de clásicas, pedagogía, ciencias sociales y psicología. El colegio máximo La Cartuja de Granada, perteneciente a la Compañía de Jesús, abrió sus puertas en 1939 para los alumnos de los teólogos de la provincia eclesiástica granadina y más tarde de toda Andalucía. El de Oña se trasladó a la Universidad de Deusto en 1968. La Universidad de Navarra abrió facultad de teología en 1969. Por entonces fue creada la del Norte de España, con doble sede, en Burgos y en Vitoria; la de Barcelona también con doble sede: San Paciano, en el antiguo Seminario de la Ciudad Condal, y San Francisco de Borja, en el Colegio Máximo de San Cugat del Vallés, de la Compañía de Jesús. La última facultad abierta es la de Valencia, con una sede en Moncada, en el Seminario archidiocesano, y otra en El Vedat Torrente, de los dominicos.

Algunas de estas facultades cuentan, a su vez, con otros centros especializados, que aumentan las instituciones y el número de profesores. Ofrezco el cuadro de centros teológicos universitarios:

- 1.—*Universidad Pontificia de Salamanca*. Facultad de teología; Sección de San Esteban (PP. Dominicos); Instituto de Teología Pastoral (Madrid); Instituto Superior de vida religiosa.
- 2.—*Universidad Pontificia de Comillas (Canto Blanco, Madrid)*. Facultad de teología.

- 3.—*Universidad Católica de Deusto*. Facultad de teología.
- 4.—*Universidad Católica de Navarra*. Facultad de teología.
- 5.—*Facultad de teología de Granada*.
- 6.—*Facultad de Teología de Barcelona*. Sección de San Paciano (Diputación 231); Sección de San Francisco de Borja (San Cugat).
- 7.—*Facultad de Teología del Norte de España*. Sección de Burgos; Sección de Vitoria.
- 8.—*Facultad de teología de «San Vicente de Ferrer», Valencia*. Sección de Moncada (Diócesis); Sección de El Vedat-Torrente (PP. Dominicos).

En Madrid existe además un centro especializado de teología moral (redentoristas), otro de estudios bíblicos (agustinos), otro de ciencias sociales (Universidad de Salamanca) y se trató, hace años, de fundar otro de estudios patristicos en El Escorial. En cambio nadie ha intentado un centro o facultad de ciencias históricas, orientado hacia el campo de la historia de la Iglesia en España y América.

Los planes de estudio después del Concilio están regulados por las *Normae quaedam*, en vías de reforma, con sus tres grandes ciclos: institucional (seis años), de licenciatura (dos años) y de doctorado. Las facultades españolas de teología cuentan con bienios de especialización, pero ninguno ha alcanzado fama destacada. Tampoco se han puesto de acuerdo para no repetir las mismas especializaciones ni para crear otras nuevas altamente convenientes en nuestro entorno cultural.

¿Responde este número crecido de facultades teológicas y de especializaciones a las necesidades de la Iglesia y de la sociedad españolas y a sus posibilidades de alumnos y de profesores? ¿Sobran o faltan facultades? ¿Cabe esperar un pensamiento auténticamente teológico de esta ordenación o ella misma condena a no contar con profesores que ahonden en las fuentes reveladas, y desde ellas iluminen los problemas de la Iglesia y de los hombres?

Existe un dato estremecedor, ofrecido por la revista *Vocaciones*, órgano de la Comisión Episcopal de Seminarios, 79 (1976) 43. El número de alumnos matriculados ese año ascendió a 3.243 y el de profesores a 655. ¿Es posible en estas circunstancias la existencia de profesores dedicados en plenitud a la investigación y reflexión racional sobre las fuentes de la revelación, que construyan teología desde

dentro de la ciencia divina y no se contenten con dar clases para vivir, con repetir y comentar por encima el último libro o artículo leído?

Un aspecto positivo merece a mi juicio ser destacado de modo especial. Gracias a estas facultades el teólogo español está dejando de ser un ser indefenso y comienza a sentirse arropado. También es positivo que la Iglesia Española haya realizado este esfuerzo. Parece más bien negativa la falta de programación de estos procesos por parte de la jerarquía española, y el sentido de fuerza que ha presidido la erección de algunas de estas facultades. Parece como si hubiesen nacido donde ha actuado poder religioso, económico o político, empleando la palabra político en su acepción etimológica. Basta constatar la existencia de cuatro facultades en cuatro provincias limítrofes: Burgos, Vitoria, Vizcaya y Navarra, y que las dos sedes de Barcelona funcionan una al lado de la otra, sin que por ello traten de complementarse. Parecen una expresión más del repetido individualismo hispano.

Es verdad que las antiguas facultades de teología desaparecieron de las universidades civiles principalmente por causa de agentes externos, no por interna consunción. Pero tampoco aparece claro que la reciente re-creación se deba solamente a agentes internos, que exijan la manifestación de un pensamiento teológico sólido e iluminador de los problemas de nuestra sociedad desde el ángulo de la revelación.

Este último aspecto se vuelve cada día más acuciante y necesario por la complejidad creciente de nuestra sociedad y por la depauperación teológica y jurídica en que están cayendo la mayor parte de las diócesis en las cuales ha sido suprimido el seminario diocesano, lugar insustituible de convergencia de un núcleo importante de profesores, que mantenían un alto nivel de cultura e iniciativas eclesiales en torno a la catedral y al Obispo. La supresión de los seminarios diocesanos ha yugulado el pensamiento teológico y pastoral de las diócesis. De ahí la necesidad de salvar la existencia y vitalidad de los seminarios que aún subsisten.

A esta causa de depauperación teológica se ha unido otra muy importante: la secularización de numerosos sacerdotes especializados en las diversas ramas del saber eclesiástico, pérdida difícilmente recuperable.

II.—PUBLICACIONES

Podríamos fijarnos en dos directrices: revistas y colecciones de libros.

Al nacer el siglo xx y al calor de las universidades pontificias erigidas por León XIII en 1897 y de la paz y prosperidad producidas por la restauración de la monarquía borbónica (1875-1931) nacieron en España un conjunto muy lucido de revistas teológicas y de alto pensamiento cristiano: *Razón y Fe* (1901), *La Ciudad de Dios* (1881), *Revista Eclesiástica* (1897), *Estudios Franciscanos* (1907), *La Ciencia Tomista* (1910), *Analecta Montserratensia* (1917), *Estudios Eclesiásticos* (1922), *Reseña Eclesiástica* (1909), *Monte Carmelo* (1900), *Archivo Ibero-Americano* (1914), *Analecta Sacra Tarraconensia* (1925), *Vida Sobrenatural* (1921), *Archivo Agustiniiano* (1925), *Manresa* (1925), *Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria* (1927), y otras. Varias de ellas aún perviven.

Este catálogo incompleto de revistas, desiguales en contenido y nivel científico, señala claramente un proceso de desarrollo, que se corresponde en términos generales con el de los centros de estudio de teología de religiosos y de sacerdotes seculares. El nivel conjunto de estas revistas no desmerece al lado de otras similares extranjeras.

Casi todo este trabajo quedó truncado y a veces arrasado de raíz por los destrozos de la guerra civil. Ruinas irreparables de edificios destruidos, de bibliotecas quemadas, de profesores asesinados. Después de varios años de incansable y oculta reconstrucción se vivió, en torno a 1950 una nueva época creadora de ilusión, de restauración de centros y de multiplicación de Publicaciones: *Archivo Teológico Granadino* (1938), *Anthologica Annua* (1953), *Anales del Seminario de Moncada* (1961), *Burgense* (1960), *Ephemerides Mariologicae* (1950), *Estudios Marianos* (1950), *Estudios Mercedarios* (1945), *Pensamiento* (1945), *Hispania Sacra* (1948), *Revista Española de Teología* (1940), *Revista de Espiritualidad* (1941), *Salmanticensis* (1954), *Scripta Theologica* (1968), *Escritos del Vedat* (1970), *Scriptorum Victoriense* (1954), *Teología Espiritual* (1957), *Studia Monastica* (1959), *Revista Catalana de Teología* (1975), *Diálogo Ecuménico...*

No agoto los títulos. Muchas de estas revistas son auténticamente especializadas. Ellas han sido y siguen siendo, pues casi todas perviven, expresión del alto nivel alcanzado en estos años. Ahora pasan

algunas un momento menos fácil como consecuencia de la crisis de la ciencia divina y del crecido número de secularizaciones. La crisis que sufre actualmente la teología francesa, incide de modo especial en España.

No menos interesante resulta una reseña de las principales colecciones de libros anejas casi todas a alguna facultad teológica. La mayoría de ellas han florecido a partir de los últimos 30 ó 35 años. De antes de nuestra guerra civil (1936-1939) solamente pervive la *Biblioteca de Teólogos Españoles*, iniciada por los dominicos del célebre convento de San Esteban de Salamanca, y continuada por el Instituto «Francisco Suárez» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En ella han visto la luz algunos comentarios inéditos a la *Suma Teológica* de Francisco de Vitoria y Domingo Báñez y un crecido número de excelentes monografías, algunas altamente cotizadas en todo el mundo, como *Repertorium Biblicum Medii Aevi*, de Stegmüller, en 8 volúmenes; *Comentario a la Suma Teológica* del P. Santiago Ramírez y *Vetus Latina Hispana* de Ayuso Marazuela. Así mismo son famosas las colecciones de las ponencias tenidas en las *Semanas Teológicas* y *Bíblícas* celebradas cada año por el C.S.I.C. Estas colectáneas de trabajos de valor desigual, casi siempre de primera mano, representan el nivel medio exacto del profesorado de las facultades y seminarios españoles. La *Bibliotheca Theologica Hispana* del Consejo Superior de Investigaciones cuenta con doble serie de estudios y textos. Otra sección del C.S.L.C. publica la «Colección *Corpus Hispanorum pro pace*, dirigida por L. Pereña, muy acreditada por el sentido crítico de los textos y la altura y precisión de las introducciones. También cuenta con una colección titulada *Biblioteca Hispana Bíblica*.

Colecciones importantes acreditan cada día más a las diversas facultades. Salamanca ofrece las siguientes: *Bibliotheca Salmanticensis*, con una serie de estudios (21 títulos) y otra de textos (2 títulos); *Corpus Scriptorum Hispaniae* con dos series: una de estudios (seis títulos) y otra de subsidios (8 títulos); Colección *Espirituales Españoles* en unión con la «Fundación Universitaria Española», con serie de textos (25 volúmenes), lecturas (2 volúmenes), monografías (17 volúmenes); *Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis*, con tres volúmenes; *Repertorio de Historia de las Ciencias Eclesiásticas en España*, con ocho interesantísimos volúmenes.

También Comillas dirige las colecciones de teología y espiritualidad de la editorial «Sal Terrae», entre las que sobresale *Teología y mundo actual*, con más de 40 títulos; Deusto, las del «Mensajero del Corazón de Jesús»; la de Navarra cuenta con una *Biblioteca de teología*, una *Colección Teológica de la Universidad* con 11 títulos, y varios volúmenes publicadas en EUNSA (Ediciones Universidad de Navarra).

Al lado de estas colecciones tendría que citar otras que completan el panorama o lo matizan de modo interesante. La editorial *Sígueme*, en sus múltiples colecciones, ha ofrecido muchas traducciones y también algunas obras originales. Lo mismo podríamos decir de Herder, Patmos, Studium, Ediciones Paulinas... Mucho más rica en obras originales es la *Biblioteca de Autores Cristianos* con más de 500 volúmenes en sus diversas colecciones. También es muy rica en este sentido la colección *Medicina Pastoral* con cerca de 80 títulos, Biblioteca Mística Carmelitana, Colección «Espirituales Españoles»...

III.—TEMAS PREFERIDOS

Un análisis somero desde el punto de vista de la temática parece llevar a la conclusión de que existen tres polos principales de atracción, que aglutinan las aficiones de los teólogos españoles: el bíblico, el litúrgico y el pastoral.

Ejemplo.—Luis Arnaldich, en la monografía *Los Estudios bíblicos en España desde 1900 a 1955*, recoge 2.147 títulos de libros y artículos. Completan este panorama, hasta 1977, 'Actividad bíblica de franciscanos y capuchinos de habla hispana de 1943 a 1962', *Salmanticensis* 21 (1974) 163, y la *Biblia en España*, de Sánchez Bosch y Crouilles Viñas (1977). Algunas manifestaciones de alto interés: *Enciclopedia Bíblica*, 6 volúmenes (Barcelona 1963); remodelación del *Diccionario bíblico*, de Haag van der Bon, por el P. Serafin Ausejo; colección *Semanas bíblicas* del C.S.I.C.; *Comentarios al A. y N.T.*, publicado por la BAC; *Actualidad bíblica*, de FAX, con más de 40 títulos; Colección de la Casa de la Biblia, con más de 10 títulos, y obras de exégesis o de estudios bíblicos publicados por Marova, Cristiandad y otras editoriales. Destaco las muchas y buenas traducciones de la Biblia al castellano, catalán y vasco. Así mismo la existencia de una joven sociedad bíblica, *Asociación de San Jerónimo*, de una *Casa de*

la Biblia y de la AFEBE (Asociación Fomento de Estudios Bíblicos en España).

Quiero llamar la atención sobre *Comentario a San Mateo*, de Isidro Gomá, de alta contextura clásica, así como sobre los de J. Mateos y J. Barreto, sobre San Juan, hechos más desde el lenguaje y el entorno cultural, con toda la riqueza y limitación que esto comporta. Gran fama alcanzaron en su tiempo los estudios de Salvador Muñoz Iglesias sobre los géneros literarios de los *Evangelios de la Infancia* y sobre todo los de Alejandro Diez Macho sobre temas rabínicos.

Historia.—El esfuerzo más fuerte hecho en estos años pasados hay que situarlo en el campo histórico, en torno a aspectos concretos del pasado de la Iglesia Española.

El Instituto Flórez del C.S.I.C. publicó entre 1972-1975 cuatro volúmenes perfectos desde el punto de vista técnico y metodológico, muy ricos de contenido, aunque a veces resulte desigual, que constituyen una obra fundamental e insustituible de consulta: *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, dirigido por Q. Aldea, T. Marín y T. Vives. Está prevista su continuación.

Lo complementa otro trabajo de gran transcendencia, que ofrece por primera vez una visión amplia, científica, sistemática y de primera mano: *Historia de la Iglesia Española*, en cinco volúmenes, en curso de publicación, compuesto por un grupo de especialistas, dirigidos por Ricardo García Villoslada. Esta obra revisa, completa y reelabora los ensayos hechos hasta ahora por Vicente Lafuente, Gams y García Villada. Perfilan este aspecto tres obras generales que afectan a la historia de nuestra teología: M. Andrés, *La teología española en el siglo XVI*, que fija dentro de un conjunto orgánico las ricas y hasta ahora inconexas manifestaciones teológicas del tiempo de la reforma, mística, dogma, moral, erasmismo, alumbradismo (Madrid 1976-1977, BAC mayor, 2 vols.); *Los Recogidos. Nueva visión de la mística española (1500-1700)* (Madrid, F.U.E., 1976), ofrece esa nueva visión a la luz de la mística española primera y fundamental. Finalmente acaba de entrar en prensa el primer volumen de la *Historia de la Teología Española*, escrita en el Seminario «F. Suárez» de la F.U.E., que he dirigido desde su fundación.

Son muy numerosas las monografías sobre espiritualidad, escuela de Salamanca, alumbrados..., como se constata en la *Bibliographia*

Internationalis Spiritualitatis y en las bibliografías especializadas sobre Santa Teresa, San Juan de la Cruz, historia de la Compañía de Jesús, del Carmelo, de otras órdenes religiosas, de la teología postridentina...

Dentro de este terreno destacaría la labor del *Instituto Español de Estudios Eclesiásticos de Roma* y su triple colección de publicaciones: *Monumenta Hispaniae Vaticana*, monografías (más de 20) y subsidios (12 títulos). Son de interés la sociedad de medievalistas españoles y la joven *Escuela siglo XIX*, cuyas semanas de estudio en El Escorial van adquiriendo creciente y merecido prestigio.

Los campos de estudio de nuestros historiadores abarcan monografías sobre personas: Carranza, Prisciliano, Ceferino González...; movimientos como erasmismo, alumbradismo, misticismo, reforma del clero regular y secular, del episcopado, catecismos, obras de moral económica, jansenismo, liberalismo, facultades de teología, institutos religiosos... Las actas del congreso acerca de la Inquisición, celebrado en Cuenca en 1978, en vías de publicación, señalarán una nueva época en orden a la clarificación de un tema cargado de pasión entre los historiadores españoles y extranjeros. Se ha pasado desde el diti-rambo a favor o en contra, basado en el prejuicio o en el afecto, al estudio documental, cuantitativo y cualitativo del tribunal, legislación, economía, clasificación de procesos, etc...

El *Panorama actual de la teología española* (Madrid 1974), preparado por H. Otero y por R. Blázquez, parece más bien una antología de autores y textos, bien concebida, pero de horizonte limitado y falta de sistematicidad.

IV.—MOVIMIENTOS INTERNOS Y PROBLEMAS

¿Cuál es la dinámica interna en la cual se mueve la teología española en estos años? Me gustaría por esta senda acertar a penetrar dentro de lo posible en las coordenadas básicas dentro de las cuales se está moviendo y a la vez gestando. Me fijaré en la época que precede y sigue inmediatamente al Concilio. Intento poner luz sobre un panorama en el cual me encuentro inmerso y sin suficiente distancia, más que ofrecer unas listas de nombres propios con evidente peligro de silenciar otros. A veces una instantánea puede iluminar con mayor resplandor el conjunto.

1º) *Punto de referencia.*

Lo situaría en el profundo impacto producido por el Concilio Vaticano II en nuestra jerarquía, teólogos, intelectuales, catolicismo llano, que se ha ido decantando poco a poco, con fuerza incontenible en la sociedad eclesial y civil. El Concilio representó una sacudida interna, molesta y saludable, que produjo por un lado algunos desmadres, con el consiguiente temor de desfondamiento, y una renovación y reajuste profundo por otro. Creo que ninguno de esos dos movimientos recios y dispares ha sido del todo canalizado. Los tres aspectos conciliares de mayor transcendencia en la sociedad española son, a mi parecer, haber dado cabida al pensamiento histórico, haber abierto la posibilidad de un pluralismo teológico y finalmente haber admitido lo que comúnmente se llama pensamiento moderno. Estos tres planteamientos han incidido profundamente en la concepción granítica de nuestro catolicismo, de nuestra teología y de nuestra sociedad.

En primer término desataron un río desbordado de críticas y autocríticas, un afán casi desmedido de conocer la triunfante teología centro-europea y un deslumbramiento desmesurado por ella. La concepción de la revelación como semilla en desarrollo, que crece desde dentro de sí misma, la atención a la reacción de los fieles en la Iglesia, la delimitación del sentido de los textos inspirados o infalibles a su esfera, la distinción entre objeto de fe y formulación del mismo y otras cuestiones impactaron no poco el sentido de lo jerárquico, de lo seguro y de lo inmutable en la Iglesia española.

2º) *Tradición y renovación.*

Tradición y renovación constituyen las dos ruedas principales del progreso en la historia. La teología española desde la restauración neotomista hasta el final del pasado Concilio Vaticano II, se ha distinguido especialmente por su sentido neoescolástico tradicional. Se explicaba en lengua latina, por el sistema de tesis, en cada una de las cuales se distinguía introducción o nexos con la doctrina precedente, nociones, estado de la cuestión, historia y adversarios, calificación doctrinal, prueba sacada de la Sagrada Escritura, de la Tradición, con especial acento en los Santos Padres, Concilios, liturgia, teólogos y en la razón natural, si había lugar. Con marcado sentido apologético intentaba probar la identidad y continuidad doctrinal

entre la revelación primitiva y la fe actual de la Iglesia. Raro era el profesor que abordaba los problemas de historiografía, ensayo, filosofía, novela, economía y vida contemporánea española y europea, y el que ofrecía una docencia que fuese a la vez tema de estudio y de oración. La teología española se movía en un ámbito más bien intelectualista y frío, convencida de haberse situado en la línea recomendada por los Papas desde León XIII. Algo similar acaecía en el resto de Europa. La aparición de las famosas 24 tesis tomistas en 1916 dio ocasión a la correspondiente fricción entre dominicos y jesuitas seguidores de Suárez. Muchos teólogos se mueven en la dirección de Gardeil, que entroncó con la escuela clásica de Salamanca, representada por Melchor Cano. Entre los mejores intérpretes del Doctor Angélico hay que colocar al dominico Santiago Ramírez, el teólogo español más famoso del siglo xx, cuyas obras están en curso de publicación. Otros, como Marín Sola y Arintero se abren al tema de la evolución del dogma, planteado por Newman, el evolucionismo, el historicismo postromántico y la crisis modernista. Carro, Getino, Menéndez Reigada, Beltrán de Heredia, Larequi, García Trelles, Sánchez Agesta y otros muchos se abren al estudio de nuestros moralistas clásicos. La obra de Angel Amor Ruibal († 1930), *Problemas fundamentales de la filosofía y el dogma*, constituye un intento importante de sentar las bases de una teología liberada del dogmatismo aristotélico y del artificio de la escolástica. Abarca una primera parte de crítica bastante endeble del escolasticismo y del tomismo, desarrollada a lo largo de los seis primeros volúmenes. Pero su sistema no queda debidamente perfilado por haber fallecido antes de darle cima.

Teólogos jesuitas, dominicos, franciscanos, carmelitas y del clero secular militan dentro de la línea tradicional escolástica. Ella absorbió la casi totalidad de nuestro pensamiento teológico hasta después del concilio Vaticano II. Alain Guy, al clasificar las corrientes filosóficas españolas, distingue el grupo de los autónomos, el de los tomistas ardientes y el de los escolásticos mitigados (A. Guy, *Les philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui*, Toulouse, 1956, II, 384).

Obras generales representativas son *Theologia dogmatico-scholastica*, de Zubizarreta (1925-1928); *Sacrae Theologiae Summa iuxta Constitutionem Apostolicam «Deus Scientiarum Dominus»*, publicada en la BAC, después de la Segunda guerra mundial, por profesores de la Compañía de Jesús en sus diversos centros universitarios espa-

ñoses, magnífico libro de texto, muy estimado antes del Concilio como instrumento de trabajo para alumnos y profesores; los diez volúmenes de la obra antes citada de Amor Ruibal; *Theologumena*, del doctor Manyá (1946) y *Tractatus de gratia Christi*, de Blas Beraza († 1936), uno de los cuatro volúmenes del erudito y profundo *Cursus Oniensis* de Teología. Estas obras recogen las adquisiciones de la exégesis, patrología e historia dentro del marco de fidelidad a la tradición.

Nuestra teología se abre a los estudios patrísticos (Angel Custodio Vega, Madoz), sobre concilios (Candal), monjes (Pérez de Urbel), historia de la teología (Beltrán de Heredia, Pérez Goyena, Carro, Asociación «Francisco de Vitoria...»), historia de la filosofía española (M. Solana, Carreras Artau, Fraile), autores espirituales (Silverio, Crisógono de Jesús, Arintero, Calveras...), mariología (Sociedad de Estudios Mariológicos), estudios bíblicos (Simón Prado, Murillo, Bover, Andrés Fernández, Larrañaga...). Las bibliografías anuales publicadas por *Analecta Sacra Tarraconensia* desde 1928, por *Estudios Eclesiásticos* desde 1946, por *Manresa, Bibliografía Hispánica* desde 1942 y por otras publicaciones constituyen un claro exponente del desarrollo de nuestra ciencia teológica. De ello se hacen eco algunas revistas de más allá de los Pirineos, a veces con cicatería.

Desde estos esquemas tradicionales la teología española tomó parte en las controversias suscitadas por la encíclica *Humani generis*, sobre método teológico, «teología nueva», diversas cuestiones trinitarias, marianas, sacramentarias, géneros literarios bíblicos, crítica textual, temas céntricos de espiritualidad. Las disputas internas fueron escasas en número y afectaron a la naturaleza de la contemplación infusa y adquirida entre el P. Arintero y varios carmelitas, y sobre *el gran número de los que se salvan y la mitigación de las penas eternas*, título de una obra polémica de Alonso Getino (1934). Las manifestaciones de historicismo y de existencialismo apenas tuvieron resonancia. Se sentía necesidad de una profunda reforma que enriqueciera e interrelacionara el campo de la ciencia divina.

En 1950 se abrió al clero diocesano la posibilidad de especializarse en los diversos campos teológicos gracias al Instituto de Estudios Eclesiásticos anejo a la Iglesia Nacional Española de Roma, y años más tarde al Instituto Español de Munich. Los frutos alcanzados han sido muchos y de subidos quilates.

En este sentido supuso un esfuerzo extraordinario la fundación

y desarrollo interno del Seminario Hispanoamericano (1954-1966), ubicado en la Ciudad Universitaria de Madrid, para cursar teología con una preparación especial para el apostolado en América. Allí se juntaron 26 profesores de ciencias eclesiásticas, que se distinguieron por su esfuerzo incansable e ilusionado. Ellos incorporaron al plan de estudios un curso sobre sectas y ecumenismo (el primero, a lo que creo, establecido en España), otro sobre historia de la teología, otro sobre geografía, historia y sociología de Hispanoamérica, una introducción cultural para la inteligencia de la Sagrada Escritura... Pero lo más interesante era su método. Conservaron la división entonces tradicional de asignaturas. En cada tratado ofrecían la doctrina de la revelación y tradición, Santos Padres, Concilios, teólogos, planteamientos científicos actuales. Después de esta primera parte, que consideraban nuclear, abordaban la teología sistemática tradicional, que de esta manera quedaba vitalmente enriquecida con toda la fuerza de la teología histórica y del contenido vital y descargada del peligro de formalismo. Aquel esfuerzo fue como un rocío esparanzador. Curiosamente la jerarquía española no llevó a ninguno de aquellos profesores al Concilio Vaticano II como consultor. La mayor parte de ellos explicaban sus asignaturas en lengua castellana.

Esta realización reformadora, basada en una metodología renovada, no surgió por casualidad. Un grupo de sacerdotes que hacían su especialización en Roma entre 1950 y 1955, se preocuparon de modo especial, por poner a punto la enseñanza teológica. Celebraron no menos de 14 reuniones en la Iglesia Nacional Española de Roma, en cuyo Instituto de Ciencias Eclesiásticas residían durante su especialización, para estudiar los modos posibles de realizarla en Sagrada Escritura, teología fundamental, dogmática, moral, derecho canónico, catequética, teología oriental y protestante, diálogo con la cultura moderna. Recuerdo entre ellos a Maximino Romero de Lema, actual arzobispo secretario de la Congregación del Clero; a Miguel Roca, actual arzobispo de Valencia; a Antonio Palenzuela y Mauro Rubio, actuales obispos de Segovia y Salamanca; a Miguel Benzo, José Ignacio Tellechea, José M. Carvajal, Melquiades Andrés y otros, actualmente profesores en diversas universidades. Muchos de ellos volvieron a reunirse como docentes en el Seminario Hispanoamericano. Aquel esfuerzo fue violentamente ahogado en 1966, sin que aún sepamos la causa. En España faltaron esfuerzos orgánicos de reno-

vación asumidos por la Jerarquía o por órdenes religiosas. De ahí el impacto producido por el Concilio.

Para colmo de dificultades nuestra patria se encontraba en una situación política difícil, en la cual no pocas apreciaciones de índole religiosa parecían encerrar crecidas dosis de contenido político. Por este conjunto de circunstancias las tres aportaciones conciliares arriba indicadas propiciaron un agrio enfrentamiento entre tradición y renovación.

De una teología no poco formalista y de formas algo envejecidas, basada en la tradición medieval y barroca, de espaldas a la teología europea del romanticismo de Tubinga, que aquí fue casi ignorado, y de probada oposición al neoracionalismo y al modernismo, se pasó a una admiración desbordada y sin crítica por todo el centro y norteeuropeo. A partir de 1960 nos inundó un aluvión indiscriminado de traducciones de toda clase de autores, algunas de ellas sin introducción que las encuadrara y desdramatizara. Lo que en París, Lovaina, Munich, Innsbruck constituía un ensayo sin transcendencia, a veces de escaso valor intrínseco, aquí se presentaba como ciencia del futuro. España vivió un salto casi mortal desde la tradición más cuadrículada, a la que se tachó rápidamente de retrasada e ignorante, a lo nuevo presentado como valor supremo. En la edición de muchos libros privó lo comercial sobre lo científico y teológico, la crítica ligera sobre el análisis profundo.

Como consecuencia se consideró como antiguos a los Seminarios tradicionales y a la formación que impartían. Muchos de ellos fueron clausurados y sustituidos por pisos familiares, buscando la vida en comunidades reducidas, el contacto con la sociedad y el desarrollo de la función pastoral. De una liturgia rubricista se pasó a unas celebraciones eucarísticas de tipo profético y crítico; de una eclesiología más bien jurídica, a otra basada en el pueblo de Dios y en la comunidad fraterna universal, con acento especial hacia los pobres; de unos movimientos de acción católica proselitista a otros sin contenido apostólico; de un catolicismo de escasa referencia social a otro crítico, revolucionario, político; de un cristianismo sacramental a otro secular; de hablar de la unidad e indisolubilidad del matrimonio a insinuar más o menos veladamente la conveniencia de una ley de divorcio civil, sin hacer teología sobre los fundamentos y misión del matrimonio cristiano; de un lenguaje basado en la filosofía esco-

lástica, a otro bultmanniano, o de corte marxista, o de formas germanizantes, a veces de estilo bárbaro e imposible de digerir; de unas ideas claras sobre Biblia, tradición, a otras confusas; de unos ritos sagrados estatificados a un vacío de vestidos, fórmulas, altar, cáliz, respeto a lo consagrado.

Estas actitudes de hipercrítica y de ruptura entre tradición y progreso, entre ideas claras y confusas, entre enriquecimiento doctrinal necesario y exclusión de lo que no fuera nuevo, han comportado grave confusión en lo doctrinal y disciplinar y afectado de modo importante a la misma metodología teológica. De un empleo a veces exagerado y frío de la razón se saltó a extremos discutibles de fideísmo e historicismo, de repulsa de la razón, de reducción de la teología a sola sagrada Escritura, o a sola historia, que para algunos extremos se convertía en literatura hebrea o en historia «aséptica». De no editar ningún libro heterodoxo o menos en línea con la doctrina tradicional, algunas editoriales católicas pasaron a ofrecer toda clase de teologías y filosofías sin discriminación. Estos saltos pendulares, aún no siendo masivos, han sido aireados en exceso y ojalá desaparezcan sin consecuencias.

Desde luego constituyen un fenómeno más profundo que el encuentro entre *tradicionales* y *novadores* en las primeras décadas del siglo XVIII, o entre *tradicionales* e *ilustrados* en los últimos años del mismo. Se han contrapuesto una rica tradición, no poco desvitalizada, tachada frívolamente de integrismo y considerada sin cesar como ignorante y negativa, y un progresismo, considerado siempre como expresión de la cultura y de la modernidad, horro muchas veces de bases teológicas sólidas y no menos recargado de absolutizaciones desvitalizadas. ¡Qué lejos hemos vivido algunos años de la serenidad y madurez del hombre que busca sinceramente la verdad! Hemos ido tras esnobismos y problemas postizos, ajenos a nuestra realidad, rompiendo el hilo que nos vinculaba con el pasado y dificultando la elaboración del futuro.

3º) *Estudio de las fuentes. Metodología teológica.*

Llama la atención poderosamente lo que llamaríamos desenraizamiento de la actual teología española con las fuentes de la ciencia divina, con la patrística, con la teología medieval y con la española de los siglos XVI y XVII, que abrió campos interesantísimos en el campo

de la experiencia mística y de los derechos humanos. Tampoco la encuentro conectada, salvo honrosas excepciones, con la cultura actual, que vive de la generación del 98 (Ortega, Unamuno...), de la de 1927 y de los filósofos, ensayistas, poetas, novelistas y antropólogos de nuestros días. Sin atender a estas conexiones es difícil hacer cosa de provecho. Ello ha formado un ovillo aún no bien digerido de palabras y conceptos. Se han traído los autores y lenguaje de Centro-Europa y olvidado lo nuestro. Algunos artículos y libros no desmerecen estilísticamente de las publicaciones krausistas de los primeros años de la restauración.

Como consecuencia de todo esto han surgido brotes de una teología crítica, sociologizada, politizada, hecha más desde los hechos y factores humanos, que desde la luz que proyecta la revelación sobre los mismos, con el consiguiente peligro de neo-humanismo y sociologismo.

La teología española del último siglo se ha caracterizado por su sentido de repetición, salvo escasas y honrosas excepciones. Se repetían tesis, se explicaban libros de texto. La fijación de éstos fue cuestión primordial desde 1824 a 1851 en las relaciones y fricciones entre Iglesia y Estado al tratar de los planes de estudio de las facultades de teología en las universidades. Desde mitad del s. XIX, y aún desde antes, ha sido escaso el número de teólogos hispanos que se han acercado con personalidad a las fuentes de la revelación y juzgado con libertad y personalidad sobre los temas en discusión siguiendo el método de nuestros autores clásicos.

El carácter repetitivo de nuestra docencia ha quedado más disimulado en los últimos años, al no basarse en libros de texto, sino en bibliografía actual sobre los temas cuestionados. Informar sobre lo último ha sido mayor preocupación de nuestros profesores que ahondar en los cimientos y reflexionar sobre ellos. Repetición e información han constituido las líneas maestras de la docencia y la formación teológica, con el consiguiente peligro de superficialidad. Bultmann ha sido autor con suerte en nuestras escuelas. Aún se le repite, sin atender a la evolución de su sistema en Europa. Casi nadie se dedica a investigar en serio. Viste más y cuesta menos un artículo de vulgarización en el periódico. No conozco equipos serios de colaboración científica, salvo algunos fuera de la Universidad.

Un ejemplo podría ilustrar esta situación. Apenas finalizadas las

tarefas del Concilio fue fundado en Madrid el «Instituto Fe y Secularidad», anejo de algún modo a la facultad de teología de Comillas. Misión importante la suya después de la Constitución *Gaudium et spes* de cara a la cultura actual, al mundo del año 2000 y a la historia del pensamiento teológico, desde que Santo Tomás interesó a la ciencia divina por la verdad de las cosas en 'sí, sin abandonar su orientación o valor salvacional. Pues bien, la obra fundamental en que han fructificado los trabajos de varios años del citado Instituto se titula *Sociología de la Religión y teología. Sociology of religion and theology. Estudio bibliográfico. A bibliography*, con 18.250 referencias bibliográficas sobre esta materia en el volumen I, y 8.429 en el II. Obra metodológicamente perfecta, consta de una introducción de 84 páginas sobre los clásicos de la sociología religiosa, sociología de la religión y teología, tratados sistemáticos y estudios especializados, a las cuales sigue el repertorio bibliográfico. No me canso de alabar la perfección formal de la obra utilísima para el especialista, muy bien recibida por la crítica. Pero no es teología, sino una labor previa ni siquiera estrictamente introductoria. Es una recopilación bibliográfica óptima y difícil, que ojalá encuentre imitación en el campo de la psicología.

Algo similar podríamos decir, en su grado y con las matizaciones correspondientes, sobre otros institutos con nombre o apellido teológico, de los cuales cabía esperar publicaciones más trascendentes para la vida teológica, espiritual y pastoral de nuestra patria.

Los teólogos españoles de la última hornada no han calado a fondo en las fuentes. Falta garra, metodología exigente, dedicación plena, estudio silencioso. Ciertamente ello hubiera exigido heroicidad, pues hubieran tenido que hablar al redropelo, acosados por la sociedad religiosa y civil, sin el amparo eficaz de unas instituciones universitarias casi inexistentes. Excepciones como Santiago Ramírez, Amor Ruibal, Arintero, Beraza, Orbe, Alfaro, Benzo, Camón y Aznar..., confirman la regla. Ha faltado en nuestros centros un buen tratado sobre los lugares teológicos. Se ha enseñado la metodología de la investigación histórica, pero no la de la elaboración teológica.

El pluralismo, no siempre bien entendido, ha ayudado no poco a la confusión. Algunos jóvenes teólogos, formados en Alemania, Francia, Austria y Bélgica han importado la problemática y lenguaje aprendido en sus centros. Han deshojado los grandes problemas teo-

lógicos alemanes, lovanienses, parisienses y casi los han naturalizado en nuestro país, donde los verdaderos problemas eran más bien otros. Su lenguaje ha propiciado un nominalismo curioso, que dará motivo sobrado de sonreír a los futuros historiadores.

4º) *Los fundamentos de la fe.*

Otro capítulo importante se podría centrar en las bases filosóficas de la actual teología española. Sin una concepción bien fundada sobre el mundo y la vida resulta muy difícil el trabajo de la razón en el campo de la fe. En España, ¿acaso también en otros países?, parecemos oscilar entre dos extremos: la desestima de las razones humanas, que lleva a quedarse únicamente con una superposición amontonada de textos bíblicos en una especie de fideísmo peculiar, o el hacer sociología ó psicología. El teólogo no puede renunciar a su razón humana. Dejarla y quedarse únicamente en el fideísmo es una locura. No pocas vacilaciones en la fe proceden de que los cristianos no están preparados para dar razón de ella. Tampoco se puede hacer auténtica teología comenzando y terminando en el hombre y en lo humano.

Resultan curiosos tres hechos coincidentes y casi superpuestos que se dan a la vez en diversos sectores españoles. Por una parte un estudio de la Biblia desprovisto de sentido religioso y salvacional, como si se tratase de pura filología y literatura. A su lado un fideísmo exagerado, que todo lo basa en la revelación y no insiste en los fundamentos racionales de los preámbulos de la fe. Otras veces todo se quiere basar en la aspiración y deseo de Dios como exigencia de la naturaleza humana, en una especie de existencialismo que recibe del hombre el primer impulso y la luz última. Este «aspiracionismo» es una realidad humana no despreciable. Pero urgida en exceso puede llevar a la negación del orden sobrenatural e incluso de Dios. De hecho el naturalismo que nos envuelve esgrime estos mismos fundamentos. Nunca la humanidad ha sentido tanto cansancio de ser hombre, de guiarse por la razón y moverse por la voluntad. Pocas veces se ha sentido tan anclada en los instintos, tan de espaldas a la racionalidad y tan movida por utopías.

Otra manifestación curiosa es la propuesta de hacer de la teología un departamento de la filosofía, un conato de inversión de términos históricos digna de profunda reflexión.

La teología española en ciertos sectores corre el riesgo de navegar por los aledaños de un fideísmo, historicismo y aracionalismo retrasados. Tres extremos de los cuales se había visto libre en el siglo XIX. Algunos teólogos se avergüenzan de razonar, como si la razón no fuese don de Dios y facultad necesaria. El teólogo no puede renunciar a ser hombre. Otros vuelven sus ojos a la iglesia primitiva, como si entonces todo hubiese sido perfecto, o quieren convertir el cristianismo en puro acontecimiento histórico y a Cristo en un jefe puramente humano. Otros finalmente despojan a la Biblia y al cristianismo de su contenido sobrenatural, de los valores del espíritu, de lo trascendente, de lo salvacional. Al lado de una teología sana de las realidades terrenas ha aflorado otra de acento crítico, político, horizontalista. Todo ello se ha reflejado en los movimientos apostólicos sacerdotales y de seglares.

Estas espinas han punzado a veces a la opinión pública. Han sido presentados en los medios de comunicación como grandes de la teología española algunos ensayistas sin estudios especializados. Pero afortunadamente no han ahogado la veta de una docencia límpida en las facultades universitarias, en los seminarios y en los libros y revistas. La teología de las facultades de la periferia, menos serena que la de tierra adentro en algunos momentos, está alcanzando niveles de honda reflexión y madurez. Mi impresión actual es que se puede constatar un proceso creciente de clarificación ideológica, de seguridad doctrinal, de superación de nominalismos y preocupaciones excesivas por la novedad.

5º) *Las teologías más cultivadas.*

La corriente más nutrida es la de la teología tradicional, como aparece claro en los planes de estudio del llamado ciclo institucional. En esta dirección se encuadra la mayor parte de nuestro profesorado teológico. Sigue a su modo la filosofía perenne, con honda preocupación por ahondar en lo más profundo de la persona humana y de su inserción en la sociedad civil y en la Iglesia. Es una orientación diversa de la que caracterizó en el siglo XIX al neotomismo francés y romano. Desgraciadamente nuestros teólogos actuales no han acertado a enlazar con los tratadistas clásicos españoles *De iustitia et iure*, *De legibus* y de las *Morales Económicas* de los siglos XVI y XVII,

que tan acertadamente iniciaron ciertos temas del hombre actual en la historia del pensamiento cristiano.

El neotomismo del siglo XIX constituyó una respuesta clara y caliente a las corrientes de la Ilustración, del regalismo, del racionalismo filosófico, de los poderes civiles secularizados y laicizados, que buscaban desembarazarse de la Iglesia. A imitación del tomismo del siglo XIII, que trató de recuperar las fuerzas libertarias de la época (aristotelismo, misticismo, movimientos comunales...) el neotomismo del siglo XIX intentó asimilar al romanticismo, historicismo, movimientos científicos y democráticos y más tarde a los sociales. Para ello analizó y retuvo de ellos lo que se ajustaba a la revelación, al derecho natural, al magisterio de la Iglesia.

Hoy se intenta algo similar. Las posturas, como en el siglo XIII, como en el XVI frente al humanismo o en el XII en la crisis que la lógica produjo en la teología, son la de la tradición y la de la novedad extremas y la intermedia, representada por Pedro Lombardo en el siglo XII, por San Alberto y Santo Tomás en el XIII y por Vitoria y Domingo de Soto en el XVI. Pero sin un sistema filosófico claramente aceptado la inseguridad es grande y la asimilación aún no ofrece contornos totalmente definidos.

Al llegar a este punto habría que señalar las instituciones y autores de mayor incidencia entre nosotros. Creo que Congar, Danielou y Schillebeeck han sido los más influyentes en la teología postconciliar española, especialmente las ideas del primero sobre Iglesia, ecumenismo, laicado, problemas de la fe, relaciones Iglesia-mundo. La influencia de Karl Rahner ha sido más limitada debido a la oscuridad de su estilo y de su concepción filosófica. Los centros de estudio extranjeros en que se han formado nuestros teólogos se transparentan en exceso en los planteamientos y lenguaje.

El hundimiento de los grandes centros teológicos franceses: Instituto Católico de París, escuela dominicana de Le Saulchoir y jesuítica de La Fourvière, favoreció abiertamente la siembra de las últimas teologías. Han sido traducidos al castellano los autores principales de la teología de la muerte de Dios, Robinson, Cox, Vahanian, Altizer, así como Tillich, Bonhöffer y otros autores considerados como fuente de la misma. El hecho es más digno de admiración, dada la crítica radical y negativa de algunos de estos autores sobre la existencia de Dios, la divinidad de Cristo y el mundo de lo sobrenatural.

El antropocentrismo radical de esta teología ha contribuido a desarrollar la teología del mundo y de sus valores. También se tradujeron las obras principales sobre desmitificación y desmitologización.

A estas traducciones se siguieron las del teólogo protestante alemán Moltmann sobre la esperanza. Para él la salvación consiste en la justicia, la humanización creciente de la persona, la socialización de la humanidad, la paz de toda la creación. Esta esperanza escatológica reducida al bienestar terreno, enlaza con la teología puramente política y con el socialismo marxista, y se reduce a un puro naturalismo. En España creció la confusión por el empleo de un lenguaje cristiano con significado ajeno a todo valor sobrenatural.

Este confusionismo fue acrecentado por la teología política de Metz, que destaca la función crítica y contestataria de la Iglesia en el análisis de las diversas formas de sociedad, de las ideologías políticas, de la defensa del hombre. *La teología del mundo* y otras obras cuyas traducciones se han reflejado con cierta intensidad en la predicación homilética e incluso han propiciado el desarrollo de la función crítica y profética de la Iglesia y de la teología. Con esta línea enlazan títulos como *Tiempo de buscar*, *Ensayos y proyectos para una teología crítica* y otros. Me refiero más al sentido del título que a la totalidad de los contenidos. Lástima falten estudios, como los de nuestros clásicos, sobre las funciones de la teología y del teólogo.

Más importancia está teniendo la teología de la liberación, que algunos quieren convertir no sólo en el grito visceral de la América Latina, sino también en el de España o de algunas de sus regiones.

En cambio apenas han levantado polvo la teología estructural y la lúdica.

UNA DISPUTA SIGNIFICATIVA

La excisión entre partidarios de la teología política y de una visión más enraizada en la tradición parece haber ahondado hasta crear posturas que han trascendido a la pastoral.

Las primeras chispas saltaron inconexas apenas terminado el Concilio Vaticano II. Entonces fueron empleados algunos seminarios como armas de lucha frente a determinadas autoridades. Estos centros fracasaron estrepitosamente. La historia del hundimiento de los semi-

narios españoles resulta sumamente aleccionadora. En las huelgas de estudiantes de teología en Salamanca y Comillas (1969), junto a demandas sensatas y razonables, no siempre se emplearon armas nobles de la verdad. A veces se airearon simplificaciones un tanto maniqueas, contraponiendo como buenos y malos a aperturistas e integristas, progresistas y tradicionales, teólogos de la sociología, psicología e historia aséptica y teólogos amigos del dogma y del magisterio eclesiástico. Afortunadamente las heridas abiertas por estos planteamientos no se han convertido en simas profundas. Por uno y otro lado se ha abusado de valoraciones subjetivas, nominalismos, querencias, laudos, vergoncismos o silencios poco académicos.

Esta división ha aflorado en diversas ocasiones a lo largo de los últimos años en la prensa y en las revistas, ha enfrentado a los jesuitas P. Gómez Caffarena y Cándido Pozo (YA, 27.IV.1979 y 17.V.1979) y ha explotado en la disputa sobre la persona y obra de Hans Küng, de Schillebeeck.

Falta perspectiva para caracterizar de modo responsable, sereno y profundo a la actual teología española. Algunos presentan a la generación teológica de 1940-1955 como la del orden y de la autoridad; a la intermedia (1960-1975) como a la de la perplejidad y el desconcierto; y a la actual como la del desencanto e indiferencia. Parece clasificación excesivamente cuadrada y algo simplista. Desde luego la historia decanta en pocos años lo que es afán de exhibicionismo, lo que de algún modo se roza con la frivolidad, la falta de inserción auténtica en la Iglesia y en la sociedad, aunque se invoque de continuo el encarnacionismo. La historia describe así mismo el fracaso de no pocas pequeñas invasiones teológicas como los esfuerzos de algunos ilustrados, afrancesados, liberales, krausistas, tradicionalistas. Es el destino de las importaciones o concepciones que no responden a las necesidades religiosas de una sociedad, sobre todo si parecen tiznadas de algún color político. ¿Sucederá lo mismo ahora?



En conclusión, diría que España está protagonizando un claro proceso de renacimiento en centros, gracias a sus once facultades teológicas, y en saberes, especialmente en ciencias bíblicas e históricas. De unos seminarios que otorgaban grados académicos (1852-

1897) pasamos a las universidades pontificias (1897-1932), reducidas a una sola en 1933. Desde entonces va su número en aumento.

Contamos con un grupo importante de biblistas y de historiadores. Los pastoralistas y moralistas diría que no han dado aún todo el jugo que de ellos sería de esperar. El campo es complicado, pero cuentan con centros especializados.

Nuestra teología necesita desprenderse de algunos nominalismos, centroeuropeísmos, exhibicionismos, fobias y filias, preocupación por ser tildada de encuadrarse en una u otra dirección. Debe buscar sin miedo la verdad, enraizándose en la revelación y en la tradición, ayudándose de una metodología que armonice ciencia y sapiencia, basándose en una recta concepción del mundo y de la vida. Esto la llevará al corazón de los problemas universales de la Iglesia, de la sociedad y de la patria: los grandes problemas de la comunicabilidad de Dios, de la naturaleza y destino del hombre, de la libertad, de la convivencia, del retorno a Dios, de la gracia...

Querer repetir a Centro-Europa es condenarnos a vivir vacíos, con retraso, sin prestigio ni autoridad. Acallamos las huelgas estudiantiles en nuestros centros con respuestas inmediatas, pero aún no hemos dado la respuesta adecuada desde dentro de la revelación y de nuestra historia. Hemos traducido a lo loco, hemos visto nuestra realidad con gafas postizas. Necesitamos beber en las aguas puras de las fuentes de la revelación y de la historia. Sólo ellas rejuvenecen. Ellas producirán un rápido y profundo progreso. Así ha acaecido en otras épocas.

MELQUIADES ANDRES